Sr. D. Alejandro Olon y Martínez.

Leopoldo Alas

16/

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1901-1902

POR

Adolfo A. Buylla y G. Alegre

Decano de la Facultad de Derecho

OVIEDO

Imprenta LA ECONÓMICA

Santo Domingo núm. 1 bajo

1901

S 8040

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1901—1902

905997/55623

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1901-1902

POR

Adolfo A. Buylla y G. Alegre

Decano de la Facultad de Derecho

Leon Sánchez Cuesta

OVIEDO

Imprenta LA ECONÓMICA

Santo Domingo núm. 1 bajo

1901

58040

Excmo. señor:

Señores:

Muy ageno estaba, el que tiene el honor de llevar la voz de esta respetabilísima Corporación en la solemnidad presente, de que había de verse este año en tan ineludible deber, que por serlo le cumple. En sazón oportuna, nuestro queridísimo Rector, siguiendo antiguas prácticas, encargó de esta difícil tarea á uno de nuestros más distinguidos compañeros, á D. Melquiades Alvarez, que hubiera salido de su empeño con la brillantez de quien se ha conquistado fama de orador y de sabio en España entera, de no haberse sentido obligado á abandonar momentáneamente el profesorado para ocupar un puesto en el Parlamento, á donde le han elevado sus extraordinarias cualidades y en donde su primer acto le anuncia como una esperanza para la regeneración de la Patria. No necesito deciros lo que habéis perdido en el cambio, ni fundar en ello las obligadas comendatorias á vuestra benevolencia, que en toda ocasión me seriá precisa. Ojalá bastase á suplir la deficiencia de las aptitudes, la riqueza de voluntad, porque entonces de seguro saldría airoso en esta ardua empresa.

Desgraciadamente, esta vez no he tenido la dificultad en la elección de tema para la oración inaugural, que en otras ocasiones era opresora en verdad, aun limitándome á la especialidad que cultivo, por la razón clarísima de mi incapacidad para tratar de otras materias. Pocos, muy pocos días después de la *orden amistosa* del señor Rector, en-

cargándome de aquélla, cayó sobre esta casa una desdicha tremenda; la muerte vino á arrebatarnos en plena actividad científica á Leopoldo Alas, cuando su ingenio privilegiado, alcanzaba la madurez que debiera ser espléndida á juzgar por una preparación tan sólida, tan completa como la de que daban clara muestra los continuados frutos de su labor intelectual de treinta años que le colocó á una altura en la historia literaria de España, á la cual son contados los que han llegado. Desde este momento cesó en mi espíritu toda vacilación. Leopoldo Alas vivo, era un amigo del alma, un compañero de la niñez, de la juventud, de la edad provecta, un coincidente en sentimientos, pensamientos y voluntades, un cooperador á la obra moralizadora de nuestra patria, un sabio, un corazón de oro, un pedagogo ilustre. Leopoldo Alas, muerto, por las condiciones excepcionales de su vida, es todo esto y además un muerto y como tal, hay que rendirle culto. No ha habido religión espiritualista en la que no se descubra esta tendencia á tributar honores á los muertos ante los cuales toda alma noble se inclina con respeto: y es que aunque parezca paradógico el culto de la muerte, es la idea de la inmortalidad que se impone y en la cual entra por mucho la perennidad de la vida terrenal de la persona que se ha extinguido, en sus obras que perduran por encima de los graníticos monumentos y á través de las generaciones; por eso son más *inmortales* los hombres que más dejan tras de sí en *actos humanos*, es decir en *obra buena* que siéndolo es *santa* y provechosa para los futuros destinos de la humanidad.

Por coincidencia misteriosa, el único discurso inaugural que ha tenido á su cargo nuestro compañero inolvidable fué como éste sugerido por un muerto. ¡Con qué filosofía, con qué unción, con qué clarividencia hablaba en aquella hora, de la muerte! Creo que ninguno de los que entonces escuchábamos su elocuentísimo discurso pudo sustraerse á la influencia de los sentidos párrafos que con frase inusitada, trasparentaban el estado producido en el alma del catedrático por la eterna separación de su alumno predilecto.

Si tú, querido amigo, te lamentabas de su ausencia, si tú te percatabas de la influencia que aquel discípulo tenía en el discurso que leías entre admiración y aplauso, ¡cuáles no debieran ser nuestras lamentaciones por tu muerte tan extemporánea para la Patria y para la Universidad!

La Universidad debe tener panegíricos para sus doctores malogrados; pero mayor razón hay para que dedique su fiesta más solemne al que era ya no una esperanza sino una realidad y realidad prestigiosa que ha contribuido como la que más á la fama de que goza nuestra casa. ¡Qué mucho, pues, que aun siendo yo el último del Claustro, en valer y en merecimientos, consagre este pobre discurso mío á honrar la memoria del que acaso haya sido quien más ideas ha difundido en España en el tiempo presente, el que por esto ha dejado tras de sí más profunda *huella*, del que á causa de esto tiene derecho á gozar de *aquella mayor inmortalidad* de que antes hablaba!

Después de todo, nadie podrá atribuir este panegírico no ciertamente de rúbrica, á excesos irreflexivos de una amistad, mejor de una intimidad cariñosa, casi fraternal nunca interrumpida, ante la cual serían disculpables las iniciativas y hasta las exageraciones en el elogio fúnebre. El tiempo trascurrido desde la muerte del inolvidable catedrático pondrá seguramente en nuestra obra la serenidad de juicio necesaria para calmar toda especie de apasionamientos; pero desde luego anticipamos que en razón del aumento de la tranquilidad de ánimo con que escrutamos el fondo de la vida intelectual del ilustre pensador, crece nuestra admiración por él y nos explicamos mejor el concierto casi general unánime, de elogios que subsiguieron á su muerte, porque por oficio de piedad hemos de tener como no emitidos ciertos conceptos que algún escritor digno de lástima, inspirado en pasiones bajas, ha estampado y al cual hacemos la justicia de creerle arrepentido á impulsos, si no de la propia conciencia, de la reprobación que han merecido á las personas cultas sin distinción de ideas.

La personalidad intelectual de Leopoldo Alas, puede

decirse sin exageración que lo llenaba todo hasta el punto de que sería difícil decir que es lo que el gran pensador español no era. Esta plenitud psicológica suya, apreciabáse aún en aquellos trabajos que parecían más especiales; en los tan celebrados y originales paliques por ejemplo. En ellos se revelaba el profundo conocedor de la naturaleza humana, filósofo é historiador á un tiempo, el literato de primer orden educado en el clasicismo y no por ello menos abierto á las innovaciones que impone la variación de los tiempos, el *crítico* de una pieza, el moralista teórico y práctico, el artista de la palabra escrita, cuyo influjo en la pureza y en la propiedad del castellano moderno son notorios, el sociólogo que sabía penetrar con ojo certero en el alma de las multitudes y que acertaba á darse clara cuenta de los intrincados problemas que saltan á cada paso en la religión, la economía, la moral, la política, la educación del pueblo, el pedagogo ilustre que con excepcionales aptitudes desenvueltas considerablemente, gracias á un trabajo de autoeducación reflexivo y tenaz, iba por doquiera sembrando ideas con esa rara habilidad que consiste en lanzarlas en forma y modo de que arraiguen en la conciencia de los discípulos y broten en ellos en concepciones de marcado carácter individual.

En sus largos treinta años de continuada labor intelectual, el elevadísimo ingenio de Leopoldo Alas, encontró continuas ocasiones de mostrar sus frutos de positivo valor, sus múltiples disposiciones psicológicas. Filósofo con marcadas tendencias teológicas, espiritualistas y morales, son admirables sus profundas elucubraciones producto de una investigación conducida con el método y sistema que pide la verdadera ciencia, y cuya exposición abrillanta la sinceridad que arranca directamente de la indagación genuinamente racional. De ello tenemos palpable muestra en su libro «Relaciones de la Moral y el Derecho», en el prólogo á la tradución española de la «Lucha por el Derecho» de Yhering, en las Revistas de ideas, en el «Siglo pasado», en el Discurso de apertura de esta Universidad, etc., etc.

Naturaleza espiritual equilibrada si las hay, no perjudica

el filósofo al historiador. Sus amores por el idealismo, su etendencia á elevarse al principio y razón de las cosas, el persistente empleo que para llegar al fundamento racional del conocimiento y para obtener el encadenamiento necesario de las verdades derivadas y con el punto de partida, hacía del procedimiento deductivo, no mermaron en él, habituado como lo estuvo durante toda su vida á la autospección, las disposiciones para la observación sagaz de la fenomenalidad interna y externa, ni menos para la aplicación del procedimiento inductivo. Pueden considerarse como modelo en la materia sus estudios de la situación económica y social de Andalucia, no obstante haber sido realizados en la juventud, y sobre todo su trabajo acerca de las huelgas de Gijón. En uno y otro se reveló como sociólogo notable por la riqueza y la oportunidad de los datos que reunió, y por las especiales facultades de información, que demuestran una vez más como capacita para tratar esta clase de asuntos la seria preparación filosófica, de la que proviene sin duda alguna al par que el acabado conocimiento de los móviles de la conducta humana, el acierto en la arbitración de las soluciones más convenientes para el problema que es hoy objeto de la preocupación general; soluciones en las que entraba por mucho aquel sentimentalismo reflexivo, aquel pensar con el corazón, permítaseme la frase, que ponía el inolvidable Alas en todas sus cosas.

Las aptitudes para la critica, por nadie le han sido negadas, y cuenta con que no se limitaban á la crítica simplemente literaria, en la cual no ha tenido rival en España, siendo superior si no en gusto en ilustración, á los Larra y Revilla para no hablar más que de los muertos; sino que se extendían á la científica, particularmente en sus manifestaciones filosófica, sociológica y pedagógica en la que sus juicios bien pudieran tener carácter de inapelables en nuestro país. No necesitamos citar monumentos de su ingenio en esta materia; bien conocidos son de

todos los españoles que leían los diarios trabajos que durante su vida publicó nuestro malogrado compañero.

Por cierto que como una prueba más de la plenitud de su naturaleza espiritual, y para que ni aun pudiera achacársele lo que el vulgo tiene por defecto en los críticos al uso, «que predican pero no practican», Alas predicaba y practicaba: criticaba á los poetas y á los novelistas y él fue poeta; él fué novelista notable.

Pero descollando sobre todas estas aptitudes y sin contradecirlas antes al contrario en consorcio con ellas y como necesaria consecuencia de ellas, Leopoldo Alas ofrécesenos como un pedagogo eminente. Verdad es que esta nota peculiariza á todo hombre de robusta vida interior. Los espíritus llenos como los cuerpos vigorosos, se desbordan, no pueden contener tanta savia y brotan en sentires, en pensares, en voliciones de todo género. Viven en constante comunicación con sus semejantes: comunicación de patente calidad educativa, porque es producto del exacto funcionar y del perfecto operar de las facultades cognoscentes, que se exterioriza en forma completamente apropiada al estado de los que reciben las lecciones del maestro. Leopoldo Alas filósofo, que al inquirir con rigor sistemático el fundamento de toda realidad dice y repite con laudabilísima insistencia, que «Dios es el principio de la sabiduría», que al vivir en constante preocupación del misterio de la existencia ultraterrena *cree racionalmente* en el alma, que lo mismo en sus admirables análisis introspectivos, que en los sustanciosos estudios del espíritu ageno, que en las creaciones de almas—personajes de sus novelas y dramas—se muestra tan profundo psicólogo, que acertó como competentísimo filólogo que era, á expresarse con la elocución que convence y que mueve, ha sido, ante todo, pedagogo. Enseñaba escribiendo sus memorables críticas, duras para muchos en fuerza de sin-

ceridad, de esteticismo—lo cual en sentir de un escritor fué causa de que se le hicieran intolerable las fealdades internas y externas de las obras que examinaba—,produciendo la reforma en el criticado y formando el gusto literario en virtud de su influencia en la masa de los escritores; enseñaba impulsado por su vocación—y preparado como pocos, en su cátedra de Derecho natural de la que hizo un hogar inextinguible en que se velaba con entusiasmo el fuego sagrado de la filosofía, un plantel de futuros sabios que seguramente honrarán, como ya la honran algunos, la ciencia patria; enseñaba abriendo toda su alma al gran público en los meetings y sesiones populares, y al más reducido en Ateneos, Academias, círculos, hablando con aquellos acentos extraños, porque le salían de lo más hondo de su ser, con aquella oratoria suya desordenada por querer hacer inteligible lo más abstruso.

Natural era que un profesor de las relevantes condiciones de Alas y que ejercía con verdadero y puro amor el apostolado social de la enseñanza, hubiera estudiado con su extraordinario poder intelectual, la naturaleza de la función educativa y más natural, si cabe, en quien por nativas aptitudes y por un concurso de circunstancias de todos conocidas fué publicista de los de mayores alientos, que aprovechase cuantas ocasiones se le presentaran para comunicar con los demás el resultado de sus concienzuda labor. Mucho ha escrito Alas así como al desgaire acerca de la educación, de la instrucción, de la enseñanza con motivo de los mil y un proyectos y de las mil y una reformas de legisladores y ministros, pero acaso lo más y lo mejor de su pensamiento reservado quedó para sus alumnos allá en las hermosas intimidades de aquella cátedra sólo comparable en la calidad de la labor con la del que tenemos

por el primer maestro de España, de nuestro querido y respetable compañero D. Francisco Giner de los Rios, promoveedor del fecundo movimiento pedagógico contemporáneo, único remedio capaz de evitar la caida de España en la sima de los pueblos incivilizados; reservada quedó también para los que hemos sido sus compañeros, mejor, sus hermanos en creencias, para quien guardaba lo más selecto de los frutos de su ingenio, que era mayor aun que el que se exteriorizaba en los trabajos para el público con ser tan grande. ¡Lástima que no hubieran podido conservarse en detalle, las luminosísimas observaciones, que hacía en los Claustros y en las juntas de Facultad, lástima que nuestra memoria no alcance a reproducir los exquisitos pensamientos que se le ocurrían en las conversaciones que casi á diario teníamos con él!

Discurriendo los que nos interesamos por deber y por inclinación en la enseñanza sobre cosa de tan gran valor para la existencia individual y social, interés sublimado por lo que á nuestra pobre España toca, si estamos todavía á tiempo de levantarla de su triste postración, siempre era èl quien daba la nota adecuada y él quien insistía sobre la necesidad de partir del conocimiento pleno de la naturaleza humana, suprema harmonia de cuerpo y espíritu, rica cuanto puede ser en propiedades, facultades y órganos que acusan la multiplicidad de fines interdependientes y perfectamente equilibrada en sus dos capitales manifestaciones el individuo y la sociedad, ni superior, ni inferior en dignidad á cuanto existe, y en cuya convivencia realiza bajo Dios el fin supremo de la creación, como sobre base segura del sistema educativo, que respondiendo á su fin prepara al niño y al joven para la vida de humanidad que está llamado á realizar. ¡Cuántas veces anticipándose á lo que tenemos por fórmula más feliz de la educación moderna como lo es sin duda la conclusión del Prospecto de las instituciones que el Dr. Lietz acaba de fundar en Haubinda cerca de Hildburgshausen (Turingia) pensaba Alas que «la educación consiste en la

formación de caracteres equilibrados é independientes, de espíritus capaces de un trabajo intenso en todas las esferas, práctica, científica, artística; de hombres sanos y robustos de cuerpo y de alma; de pensamiento claro, preciso y persistente, de sentimientos entusiastas, de voluntad enérgica y valerosa.»

Ya Alas, en lo que podemos llamar el periodo de su preparación, había penetrado muy adentro en la doctrina de la ciencia, cosa que reputamos necesaria para darse cuenta clara de su enseñanza. Buena prueba de ello la tenemos en el razonamiento del plan y del método seguido en el Programa de Economía política y Estadística presentado para actuar en las oposiciones á la cátedra de esta asignatura, vacante en la Universisdad de Salamanca. En él desenvuelve magistralmente el concepto del método y da una idea acabada del plan y de sus maneras, y al ocuparse en la didáctica demuestra sus profundos conocimientos en la materia.

Pero donde aparece netamente su pensamiento acerca de la instrucción, de la educación, de la enseñanza, si bien desgraciadamente con las limitaciones que la índole del trabajo le impusieron, es en el memorable discurso de apertura antes citado.

En efecto, al comienzo de tan notable oración inaugural, envuelta en el elogio fúnebre de un joven estudiante que fué ornamento de la Universidad ovetense, está la profesión de fé pedagógica de Leopoldo Alas, más para copiada que para comentada, por lo gráfica y lo completa. «Partidario, yo, dice, como varios de mis compañeros, de que nuestra enseñanza, sea, ante todo una amistad, un lazo espiritual, una corriente de ideas, y también de afecto, que vaya del profesor al discípulo y vuelva al profesor, y jamás se reduzca á un puro mecanismo, cuya única fuerza motriz sea la autoridad cayendo de lo alto; partidario más de sugerir hábitos de reflexión que de enseñar una ciencia, que acaso yo no tenga, quería dar en esta mi primera oración académica una muestra del trabajo de

mi cátedra, y para ello había invitado á García Paz, á fin de que me ayudase en el esfuerzo de resumir, recordándolas, algunas lecciones que juntos habíamos estudiado al principio del curso, al examinar, según mi costumbre, los caracteres generales de nuestra labor escolástica y sus antecedentes.»

Apenas hay que añadir á este concepto tan claro y tan expresivo de la obra del maestro. Si la total vida de cada hombre es sentimiento, conocimiento y voluntad, en convivencia con el juego de los órganos corporales, y esto con propia y característica modalidad individual, si la actividad humana se desenvuelve en función de belleza, de verdad y de bondad, la tarea del pedagogo ha de ser necesariamente estética, científica, moral; pero causada en el discípulo de modo que su vida venga de dentro á fuera es decir, con la marca individual y por ello ni verbalista, ni memorista, ni mecánica sino enderezada á favorecer la iniciativa y á formar el carácter que tanto resulta de la persistencia, de la continuidad como de la perspicacia y de laprevisión, y de la igualdad de humor, condiciones todas que afirman y refuerzan la personalidad, necesaria para hacer de los individuos y los pueblos colaboradores en la sublime obra del mundo.

Si en el pensamiento capital del discurso de que estamos hablando ha estado Alas verdaderamente inspirado, en los detalles de la crítica magistral del utilitarismo en la enseñanza llega á donde pocos pedagogos han llegado.

Por más que con la modestia del sabio ponga siempre sobre su cabeza las doctrinas de los eminentes Breal, Lavisse, Guyau, Gabelli, Villari, es lo cierto que en este trabajo brilla la originalidad producto de la labor reflexiva que avalora todas las obras del inolvidable compañero.

Rindiendo tributo al principio de la substantividad y por lo tanto de la dignidad de cada ser como de cada propiedad y de cada esfera de la vida, sin que esto signifique olvido de la interdependencia de cuanto existe,

asienta con perfecta razón que «ni la vida es para la utilidad empíricamente considerada fuera de toda finalidad metafísica, ni la enseñanza es directamente para fin alguno ajeno á ella misma y que así como el arte solo llega á ser útil á otros fines si primero se le deja ser quien es, solo arte, así la ciencia solo dá sus frutos de bien individual y social cuando se cultiva ante todo por ella misma.

Lo que en su discurso ha escrito Alas con motivo del *utilitarismo* en la enseñanza mereciera ser esculpido en mármoles y bronces. El ha visto bien claro á donde conduce la fatal tendencia, no tan sólo anglo-sajona, puesto que desgraciadamente cunde por doquiera en este ambiente de positivismo que se respira. Profeta ha sido Alas cuando preveía los sucesos que en el mundo entero ha determinado la educación puramente materialista que conduce por modo directo al culto de la *fuerza*, de la fuerza de las armas y de la fuerza del capital, las más veces empleada en tales condiciones de violencia y con tan grande injusticia, que explica, ya que no justifique, la apelación á esa misma fuerza de parte de los que sufren sus terribles efectos.

Los Estados Unidos arrebatándonos *quia nominor leo*, nuestras colonias, y acaparando con sus poderosos sindicatos la producción universal, Inglaterra atentando á la independencia del heróico pueblo boer, el mundo entero que se dice civilizado presenciando impasible tan repugnante despojo, son demostración evidente de nuestro aserto.

Pero ¿á que mirar hacia afuera para convencerse de los funestos resultados de la educación utilitarista? Dentro de casa tenemos las constantes manifestaciones de su letal influjo. Aquí no se preocupan los padres, ni los hijos, ni los maestros, ¡por qué no decirlo! más que de la aprobación en los exámenes y de la conquista del título que ha de habilitar al alumno para dedicarse á una profesión que le dé dinero y cuanto más, mejor. Se estudia lo menos posible contando siempre, con la reco-

mendación, la eterna recomendación, para alcanzar la calificación apetecida, como se cuenta con la recomendación para procurarse muchos negocios en el ejercicio de la profesión, para obtener un empleo y... consecuencia forzosa de este eclipse del sentido moral, el triunfo de la holgazanería, la victoria de la inmoralidad; los buenos ignonorados ó perseguidos, los hábiles ocupando los primeros puestos, divinizado el becerro de oro, secos los corazones, yertas las conciencias.

Tiene razón que le sobra Leopoldo Alas al decir en su nunca bien ponderado discurso emulando á Ruskin.

«No lo dudemos; el indivíduo no vive de utilitarismo, el indivíduo cree ó padece dudando, ó se desespera y niega, ó niega sin dolor por enfermedad del espíritu, ó por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad negativa, pero no por eso menos idealidad. Hay que insistir en esto, todos los adelantos modernos, todas las doctrinas sensualistas y positivistas, toda la preponderancia económica, no ha hecho del hombre un ser diferente de lo que era, un ser con espíritu racional, para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal es vivir para el alma, de una ó de otra manera. La sociedad no muere; pero su organización está influída en mil respetos por la idea de la muerte. Bien se conoce en todo que es una sociedad de mortales. Y sin embargo, á lo que parece que tiende el utilitarismo, es á engañar al mísero mortal haciéndole trabajar en una clase de actividad de fines colectivos, si no superiores, extraños á la muerte. Pero ¿quién se deja engañar? Cada cual pensando en la muerte dá cierto sentido trascendental á la vida. La idea de la muerte, decía yo antes, nos aisla del mundo, sí del mundo que vemos y tocamos, del que nos rodea, pero nos abre otros horizontes ideales, nos hace dar un valor sustantivo, como simbólico de toda la realidad virtual que no vivimos, á la vida breve de que tenemos conciencia; más ó menos, todos venimos á revelar la exis-

tencia *sub specie æternitatis*, podría decirse; el creyente no hay que decir por qué; el que no cree en otra vida porque necesita reconcentrar en esta toda la capacidad poética y soñadora, toda la idealidad que su alma alimenta, no se olvide, ni más ni menos que el alma del creyente. Por la muerte la vida es artística, es dramática, es toda una obra de *composición* á veces complicada sabiamente, como en Göethe. Por la idea de la muerte adquieren valor infinitas cosas que no son para alargar la vida. El desinterés que suaviza el dolor de morir, de la idea de la muerte se alimenta. Y ese desinterés, referido á su fundamento, es la idealidad y esa idealidad en relación á la belleza es el arte, y en relación al sentimiento de la unidad fundamental, es la religión, y en relación á la verdad es la ciencia pura, ó por lo menos la investigación racional desinteresada. ¿Queréis ahora que la sociedad viva conforme á su propio bien? Buscad el cumplimiento del fin racional de sus elementos *humanos*; haced que la sociedad viva especialmente atenta á una idealidad que hemos visto que para el hombre es lo más interesante y lo más desinteresado. Y como la educación del pensamiento, la enseñanza, es uno de los fines sociales, concluyamos legitimamente que, en el sentido explicado, la instrucción debe inspirarse en general, no en el utilitarismo, sea individual ó colectivo, sino en la naturaleza humana, según es para este respecto, el de conocer la verdad, á saber: desinteresada.»

A la luz de este principio inspirador de la más pura vida humana que afianzado en el reconocimiento de la existencia de un supremo ordenador del mundo, en el que cada criatura afirmando su substantividad se contempla como parte de un todo y como medio para su fin último, determínase en normas de conducta que hacen de la vida social humana el reinado del auxilio mutuo (caridad, altruismo), examina Alas la compleja cuestión pedagógica, limitándose por razones circunstanciales á dos de sus aspectos entonces como hoy y, acaso hoy más que

entonces, de toda oportunidad, la enseñanza clásica y la enseñanza religiosa como fundamento racional y *estético* (en el rigoroso sentido de la palabra) de la moralidad de la educación intelectual.

Alas, que por ser un temperamento, acaso una idiosincrasia filosófica, fué un *estético*, un refinado en la ciencia y en la vida, que á causa de esto sin duda, siguió con especial predilección los cursos de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad central en donde como el que os dirije la palabra tuvo la suerte de recibir las lecciones de los más grandes humanistas y filósofos de nuestros tiempos, Bardon, Camus, Garcia Blanco, Amador de los Rios, Fernández y Gonzalez, Salmerón, Tapia, defiende con su vigor de argumentación y con su elocuencia peculiares la causa del clasicismo, y la defiende como cumple á un espíritu avezado á la labor científica, inquiriendo en la vida de las naciones civilizadas, el resultado que produjera el estudio de la lengua y de la historia de la antigüedad clásica, indagando racionalmente todos los fundamentos de la influencia benéfica que para la cultura, especialmente en el sentido de la claridad en la concepción y de la nitidez en la expresión, ha tenido y tiene el renacimiento de los estudios clásicos y buscando el apoyo de su pensar en literatos y filologos como Goethe Otfried Muller Egger, Menéndez y Pelayo, Rollín, Michelet Breal, Catton, Gresley, Alejandro Soutzo, Guerin Katkof, si bien con las rectificaciones que á un sabio como Alas que no se aisla del mundo, y de la gente, que no por enamorado del ideal deja de comprender el profundo sentido de la palabra sublime del «Eclesiastes» que á menudo cita, impone la contingencia de los tiempos y la diversidad de los lugares.

Por eso con perfecto conocimiento de la realidad escribe: «hay que distinguir por consiguiente entre la necesidad de conservar estos estudios y la obstinación de conservarlos sin reformas ni en el fin ni en los medios. Esto último es absurdo, y si se continúa pretendiendo hacer

de toda la juventud máquinas de saber escribir correctamente y con elegancia el latín más clásico en prosa y verso, lo que se conseguirá será apresurar la decadencia, dar armas á los enemigos del clasicismo, y hacer que se vayan pasando á su campo los mismos que reconocen la necesidad de mantener los estudios clásicos».

Como prometía Alas en su discurso de apertura, trata el problema de la religión en la enseñanza aunque lamentándose del poco espacio que le queda para ocuparse de cosa de tanta importancia; pero á fé que supo aprovecharlo. Es difícil en tan pocas páginas hablar tan bien y tan claro. Es verdad que, graznen lo que graznen *los gansos del Capitolio*, nuestro querido compañero fué un religioso teórico, como pocos y un religioso práctico como muchos menos. Por ello adoraba (sic) á los grandes místicos católicos, á Kempis, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y divinizó casi al humilde entre los humildes San Francisco de Asis.

El que conocía tan bien y sentía tan hondo la religión acertó á darse clara cuenta del importante lugar que debía ocupar en la educación del hombre, porque no en vano sabía que la naturaleza humana es profundamente religiosa por lo cual el ser de razón al propender por ley de su vida á la inquisición del principio y fundamento de cuanto existe, ha de llegar seguramente á la *Causa causarum*; y al reobrar necesariamente este resultado del ejercicio de su conciencia racional sobre el sentimiento y la voluntad, ha de contemplarse pequeño ante tanta majestad, débil ante tan omnímodo poder, limitado en su inteligencia ante lo absoluto y como tal necesitado de las luces divinas y obligado á tributar respeto y á rendir adoración al Creador de todo. Solo el hombre perturbado, sólo el hombre enfermo del alma puede dejar de amar la verdad, de sentir su ser inundado de puro goce ante la contemplación de la belleza, de querer el bien suyo y de los demás.

Por eso el hombre completo, *mens sana in corpore sano*

vive con ansias religiosas y erige en su corazón un altar para adorar con adoración pura, completamente desinteresada á aquel que es origen de toda verdad, fuente de toda belleza, principio de todo bien.

Como se admite pues la necesidad de despertar ó de avivar por medio de la educación en nosotros, las propiedades noológicas, estéticas prasológica y de desenvolver los órganos y sistemas corporales, como se proclama la precisión de desarrollar la idea y el sentimiento del derecho de la moral, de la economía, de la política, elementos todos esenciales de la naturaleza humana, debe admitirse la necesidad de la enseñanza religiosa; primero por la substantividad y consiguiente dignidad de este fin humano y después por lo que es y significa en la formación y mantenimiento de los elementos ideal y estético de la humanidad, sin los cuales el alma se atrofia, el mundo se convierte en un desierto y llega á hacérsele insoportable la vida al hombre.

Así lo comprendió Alas, cuando estampó este inspiradísimo párrafo en su discurso memorable: «Por ir de prisa refiramos esto á la enseñanza y se verá que la abstracción de que hablo ha producido con apariencias de equidad y de liberalismo, el mayor daño posible para la educación armónica, propiamente humana: la separación, así, separación de la enseñanza religiosa y de las demás enseñanzas, que no se como llamarlas, así separadas, como no las llame irreligiosas. Porque téngase en cuenta que en este punto el abstenerse es negar: quien no está con Dios, está sin Dios: la enseñanza que no es deista es atea.

Respondiendo á esta imprescindible necesidad los modernos, como los antiguos pedagogos, dan en la preparación de la juventud, el lugar que por su importancia corresponde á la enseñanza religiosa. Pudiéramos multiplicar las citas; mas como nos saldríamos de nuestro propósito en el presente discurso, hemos de limitarnos á añadir á la opinión del tan ilustre como malogrado

Guyau, citado por Alas, la del no menos eminente fundador de la institución más atrás nombrada, Lietz, que compendia admirablemente la doctrina novísima: «Es erróneo, dice, pensar que el fin de la instrucción religiosa puede lograrse almacenando en la memoria un cúmulo de conocimientos, que es lo que sucede cuando se obliga al espíritu del educando á asimilar verdades que no tienen aun arraigo en la experiencia de la vida anterior, ó doctrinas extrañas á la vida religiosa contemporánea. Nada de esto debe proponerse la instrucción religiosa, ayudar al niño á adquirir conciencia de la vida ético-religiosa que inconsciente dormita en el; procurar que el educando viva en contacto con las personalidades en las cuales aquellas fuerzas han llegado á su mayor potencia, y entre estas personalidades las que son más accesibles á su inteligencia; esforzarse además en hacer vibrar en él las notas fundamentales, las tónicas de las mejores religiones de la humanidad en particular de la religión cristiana: inculcar en él los deberes que tiene para con Dios y para con sus semejantes; animarle en fin á cooperar en la obra de la adquisición de sólidas convicciones relativas á la vida y al mundo. Tal es el objeto de dicha enseñanza.

* * *

Como pedagogo práctico Alas... ahí están sus discípulos. Con ser tan limitada la matrícula en nuestra facultad de Derecho y con ser tan difícil la asignatura de que estuvo encargado, con ser tan inoportuna, por lo anticipada, la colocación del Derecho natural en el plan de estudios vigente, con ser tan jóvenes los alumnos que á esta cátedra concurren, con ser deficiente por no decir nula su preparación, podemos decir sin exageración que el sabio maestro ha hecho escuela. Bien lo demuestran los Arias de Velasco, Avello, Mendoza, Martínez Pajares, Leopoldo Palacios, Miguel Traviesas, Ulpiano Gómez, Albornoz y los malogrados Leopoldo Palacio Valdés, García

Paz en quien han impreso carácter las sabias lecciones del profesor insigne, como se advierte en las publicaciones con que casi todos honran la literatura científica española y en la conducta y modo de vida en que transpira la sólida cultura filosófica en la memorable cátedra recibida, el rigor en la especulación, el empleo adecuado del razonamiento, el culto á la idealidad, el amor á la belleza, el hermoso sentimentalismo que abrillantaba la vida toda del inolvidable Leopoldo Alas.

En aquella cátedra modelo, el maestro de poderoso temperamento intelectual y armado con sólida y escogidísima erudición, discurría sobre los arduos y fundamentales problemas de una ciencia que como la del Derecho natural es la más genuina propedeutica de toda la construcción científico-jurídica colocándose frecuentemente á la altura de las mayores autoridades en la materia; pero como buen educador al agotar el proceso propedeutico, y de aquí sus frecuentes y largos paréntesis explicativos de conceptos y frases y sus continuos retrocesos para mayor solidez de la obra, buzando como psicólogo que era en las profundidades del espíritu de cada alumno, poníale en situación de producir su propio pensamiento valiéndose de los recursos más apropiados tales como la pregunta inesperada que pedia rápida respuesta, con lo cual se favorece la vivacidad de la inteligencia, la disertación preparada oral ó escrita que sirve para despertar el espíritu de crítica y para ejercitar la reflexión y habituar al uso apropiado de los dos grandes medios de comunicación de que el hombre dispone. Todo siempre con vista á la grande y continuada labor de la vida que él quería ver impregnada de bien y sobre todo de bien altruista.

Confortémonos un momento en el ambiente moral de la cátedra de Alas evocando un episodio tan hermosamente vívido como piadosamente conservado y delicadamente descripto por Ulpiano Gómez uno de sus discípulos predilectos. «Aquella mañana, oidlo bien, *aquella mañana* comenzó su *lección* diciendo con voz doliente: Señores he tenido noticia de

una desgracia horrible... Una pobre mujer viuda y desamparada que vive en la calle de...,tenía á su hijo único, niño aun, enfermo; por atenderle no podía salir de casa á implorar la caridad, ni podía alimentarse. El dolor y la debilidad la vencieron y enfermó también acostándose en un jergón al lado de su hijo querido. Llegó para éste el periodo agónico en la noche de ayer, y la madre al sentir sus estertores se incorporó, buscando á tientas, ansiosamente una caja de cerillas para alumbrarse. La encontró, sí pero ¡oh! ¡qué terrible, qué terrible para aquella madre! ¡no tenía cerillas!.. Y el venerable maestro abrumado con tantos dolores, de corazón puro de una virgen, lloraba la desgracia de aquella madre, que á la mañana siguiente se encontró una vecina pobre, locamente agarrada al cuerpo exánime de su hijo. La caridad llegará tarde, pero hagámosla, decía, nombren ustedes una comisión que lleve consuelo á una madre infeliz, y algún socorro. Yo me suscribo con veinticinco pesetas. Si alguno de ustedes, lo cual no creo, por congraciarme, contribuye con recursos, se equivoca y envilece la limosna..... Después nos habló del *Imperativo categórico de Kant* prosiguiendo su curso de filosofia... De pronto se abrió la puerta, y el bedel nos dió la hora. D. Leopoldo se estremeció por aquel ruido inesperado que cortaba el hilo de su *robusto y delicado* pensamiento, cuando nos hablaba de la moral de sus místicos, San Francisco de Asis, y Santa Teresa de Jesús, con voz suave, dulce y apostólica, abriendo los ojos azules impregnados del jugo que destilan las grandes emociones y los grandes entusiasmos. Adios nos dijo, y *acuérdense de aquella madre.*»

León Sánchez Cuesta

En el círculo de sus íntimos de la Universidad, en sus conversaciones, en aquellas conversaciones en que con su prodigioso talento y su perenne sinceridad pasaba revista á los principales acontecimientos y daba su opinión sobre las más arduas cuestiones del tiempo que corremos, enseñaba siempre, no dogmatizando por más que le reconociéramos autoridad para ello; sino convenciendo y

persuadiendo con pleno conocimiento del asunto, con poderosa dialéctica y con completa experiencia del mundo y de los hombres.

Naturalmente inclinado á la filosofía, hacía recaer frcuentemente la conversación sobre el pensamiento contemporaneo y bien pronto el diálogo se convertía en monólogo. Sugestionados por el genio de Alas insensiblemente le dejábamos hablar solo é insensiblemente iba él descubriendonos los tesoros de su íntimo pensar acerca de las doctrinas de Bergson, de Boutroux, de Renouvier, de Spir, de Green, de Durand, del idealismo ruso, del prerafaelismo inglés, de la salvadora influencia de Carlyle, de la restauración de la psicología introspectiva y por encima de de todo, de lo que Alas, llamó en uno de los estudios coleccionados en su obra póstumas «Siglo pasado» «este anhelo de idealidad, este respeto y estudio reflexivo del sagrado misterio, que llega al pueblo, á la masa ds las iglesias docentes y empeña á todos con sublime tolerancia en el esfuerzo común de labrar las grandes creencias racionales, flor del progreso humano, ensayando en asambleas como la religiosa de Chicago, los futuros pactos de la concordia ideal de los pueblos »

Y cuando impresionado por el espectáculo de la lucha entablada entre el trabajo y él capital, el, que todo inteligencia y todo corazón, veía por encima de las deferencias de clase, al hombre igual en esencia al hombre y por sobre los odios que engendra el interés material al amor irradiando paz y harmonía, con qué acentos más hondos combatía los instintos de dominación del capitalismo y los instintos de destrucción de la masa inconsciente y cuán acertadamente juzgaba las tendencias del socialismo que Marx y Engels llaman científico, así como las novísimas teorías de Bernstein de un lado y de Kautsky de otro y las tendencias del anarquismo ideológico que Max Stirner, Faure y Grave propagan, teorizando con la fuerza de argumentación que les distingue, sobre los remedios posibles en el estado social presente que reduce á dos

principales, mucha iustrucción en los de arriba y en los de abajo y como necesaria consecuencia mucha tolerancia y mucho altruísmo, sugestionándonos, esta es la palabra, con su fuerza docente, que si penetraba en el corazón y en el cerebro de los jóvenes estudiantes, en mayor grado producía sus efectos sobre nosotros, mejor preparados para recibir aquellas sabias lecciones.

No bastaba á Leopoldo Alas, en su exuberancia pedagógica la labor oficial universitaria. Cuando unos cuantos amigos profesores en esta casa convencidos de los beneficios que para la educación cientifica de los alumnos trae lo que podemos llamar la práctica de la indagación racional de cuestiones especiales de las ciencias jurídicas y de sus auxiliares, hecha de modo que la necesaria dirección del maestro no perjudique, antes bien favorezca la iniciativa, la independencia de criterio del educando y aleccionados por la experiencia de los Seminarios que establecieron en Estrasburgo, Knapp, Schmoller y Wagner en Berlín, Conrad en Halle y á su imitación muchos otros profesores en Austria, Italia, Estados Unidos, proyectamos una institución análoga en nuestra Universidad, la Escuela práctica de estudios jurídicos, fué Alas uno de los que nos ayudaron con sus consejos y después con sus conferencias que pusieron una vez más de relieve sus excepcionales cualidades de educador.

Ya es sabido en Asturias que la Universidad de Oviedo no se contenta con encerrar la enseñanza superior entre sus cuatro paredes. Como considera deletérea para la investigación y para la difusión de la verdad el ambiente confinado de la doctrina sectaria ó de la teoría de escuela, cuando en rigor solo puede realizarse por la libre indagación exenta de prejuicios de la clase que sean, entiende que la labor del pensamiento de sus profesores no debe ser patrimonio exclusivo de los estudiantes de oficio sino que debe entrar en la circulación de las ideas, ya para que las aprovechen los que no pueden asistir á sus cátedras, ya para que los que pretendan juz-

garla se enteren de ella y con su crítica contribuyan á depurarla de errores, si los tiene, ya para que la nación que le sufraga, conozca la enseñanza que en ella se dá. Ha visto prácticamente realizada esta aspiración suya en la institución inglesa de la *University extension* y segura de las ventajas que trae para la cultura patria no ha dudado en implantarla hasta con el mismo nombre británico, sin más que españolizándolo un poco.

Comenzóse por abrir las puertas de la Universidad á cuantos sintieran la necesidad de ampliar su instrucción y lo que han sido los cursos de cultura superior y las conferencias del primer año lo han dicho con aplauso los asistentes y lo ha repetido la prensa local y la española. Pronto cundió la fama de la reciente institución y menudearon las pretensiones de círculos y sociedades para que los profesores de la Extensión universitaria llevaran á ellos el pan del espíritu y en el curso pasado principalmente, sin que disminuyesen, antes al contrario, los cursos públicos en la Universidad, se dieron muy cerca de doscientas lecciones en la Cámara de Comercio de Oviedo; en la Sociedad Obrera Industrial de Avilés en la Asociación de empleados de Oviedo y en los Centros obreros de esta ciudad; Gijón, Avilés, La Felguera, Trubia, y en el Círculo de Labradores de Mieres. La Universidad popular puede decirse que está yá iniciada; porque si la vida se comienza y se mantiene y se reconoce con su importancia por las necesidades, no cabe duda de que en nuestra región se ha despertado y se aviva de día en día la necesidad de la instrucción en el pueblo y sobre todo, debemos confesarlo, en la masa obrera.

También en esta obra de la mayor transcendencia social nos ha ayudado en gran manera Leopoldo. Alas El que había vivido en perpetua labor pedagógica en su cátedra con sus discípulos, en el periódico, en la revista en el libro con sus insustituibles críticas, no habría de negarnos su concurso en una tarea en la que fiamos mucho para la tan deseada regeneración de la patria, en

el periodo de preparación con sus acertados consejos y después consagrándose en cuerpo y alma á la enseñanza popular con un ardor excesivo que acaso haya contribuido á destruir su salud ya minada por el intenso trabajo ininterrumpido de muchos años.

Sus lecciones sobre filosofía novísima en las que mostró un muy completo conocimiento de los sistemas filosóficos antiguos y modernos y se reveló como uno de los más notables pensadores contemporáneos, sus conferencias acerca de la moralidad y la juventud asturiana que servirían para hacer la reputación de un sociólogo y de un jurista, la inimitable crítica hablada de *L' Aiglon* que le acredita una vez más de literato eminente, su notabilísima disertación en el Círculo industrial y comercial de Gijón sobre el materialismo económico, aplaudida unánimemente por obreros y capitalistas, y por último en el Centro obrero de esta ciudad, las «Lecciones acerca de Historia y progreso», en las que con completo dominio de la materia y con perfecto conocimiento de la situación de los oyentes inició el estudio del desarrollo de la humanidad en el espacio y en el tiempo; estudio que cortó la despiadada muerte arrebatándonos al eximio maestro y al amigo del alma, reafirmaron la fama de pedagogo ilustre que gozaba.

Pero hemos de detenernos un poco en este aspecto de la personalidad pedagógica de Alas, porque es de manifiesta oportunidad cuanto respecto á la Extensión universitaria y á la Universidad popular como su lógica consecuencia, apuntemos, hoy que puede decirse sin que sea una frase hecha que estas instituciones están á la orden del dia en los países más civilizados, que no en vano sienten como la democracia va infiltrándose en la sangre y en la carne del pueblo y como es preciso, de toda urgencia forzoso, que se transforme las instituciones sociales, cediendo á su influjo incontrastable.

Claro es que nosotros no podemos aspirar todavía á establecer instituciones del tipo del Ruskin College de Oxford con sus obreros estudiantes internos y con su enseñanza por correspondencia, ó del Tonibeo-Hall

de Londres con sus *residentes* de la clase acomodada que viven en contacto continuo con los desheredados de la fortuna y les ayudan en sus necesidades y les consuelan en sus tribulaciones, constituyéndose en patronos suyos á la manera romana, ni siquiera aproximarnos á la Fundación universitaria de Belleville que dedica los lunes, miércoles y viernes á conferencias científicas y morales, lecciones literarias y artísticas, cuestiones económicas y sociales, los martes y jueves á juegos de sociedad, los sábados á consultas medicas y jurídicas y los domingos á lecturas populares, ni á los cursos regulares sobre ciencias, historia, literatura arte con que la Solidaridad del distrito 13.° de París ha sustituido respondiendo á esta razonadísima petición de los asistentes, todos obreros: «suplicamos al Consejo directivo el establecimiento del régimen normal del curso que facilite nuestro esfuerzo sin producirnos la ilusión de la ciencia adquirida á poca costa; no queremos esta ilusión; nos habéis enseñado á amar el trabajo y la verdad; imponeos á vuestra vez la carga de proporcionarnos cursos perfectos y verdaderamente regulares...» ni mucho menos podemos por ahora llevar á la práctica este plan de la Universidad popular expuesto por un anónimo en la ya famosa revista «La Cooperation des ideés» de Mr. Deherme, uno de los fundadores de las Soirées onvrieres de Montreuil origen de aquella institución, «estas Universidades populares creadas en las grandes ciudades, en plenos centros obreros, debieran presentar el doble carácter de circulo y de escuela; deberán tener salones de reuniones por la noche con sus anexos, baños, duchas, salas de armas, gimnasios, además de la Universidad propiamente dicha con sus bibliotecas, laboratorios, museos, cátedras, etc.»

Aunque aspiramos, impulsados por la bondad de la obra, por la necesidad de ella, más opresora en España que en ningún otro país de Europa, á organizar una seria educación del pueblo que vive, obligado por las condiciones de la dura lucha por la existencia, en apartamiento

de las cosas del espíritu y lo decimos muy alto en honra suya y para estímulo de otras clases sociales reclamados constantemente por los obreros que no cesan de solicitarnos para que coadyuvemos á su cultura, no hemos llegado todavía á la Universidad popular, por más que trabajemos para instituirla.

Limítase nuestra labor á conferencias aisladas, algunas en serie, sobre asuntos diversos de ciencias matemáticas, físicas, naturales, ingeniería, filosofía, literatura, economía, historia, música, higiene, política, geografía, etc., etc., con cierto desorden es verdad; porque ante todo conviene producir costumbres, excitar necesidades, despertar la curiosidad del gran público, comenzar en una palabra como se inicia toda vida así como en un estado caótico, de nebulosa; que seguro es que después paulatinamente ha de especializarse la función y crearse el órgano. No de otra manera se ha procedido en Inglaterra, cuna de la institución y en las demás naciones en donde de este modo se favorece la cultura del pueblo en la cual tanto como los que reciben directamente el auxilio que ha de ponerles en condiciones de llenar cumplidamente los fines de la vida humana, están interesados los que no necesitan del esfuerzo de sus brazos para procurarse recursos: que no en vano la instrucción aviva y afina el sentimiento y conduce la voluntad por los senderos del bien y moralizándonos destierra los odios y rencores de entre los hombres, porque les convence de la necesidad de su mútua colaboración en la común obra humana, consistente en satisfacer con toda amplitud las necesidades empleando el mínimo esfuerzo. Por eso los pudientes, los ricos tienen perfectamente marcada su función en esta trascendental labor social. Si los desheredados de la fortuna deben abrirse á la cultura, si los intelectuales deben poner todo lo que son y valen al servicio de la educación popular, los ricos en nuestra España deben pensar que tienen una alta obligación que realizar y es la de acudir con su dinero á facilitar la misión de los educa-

dores del pueblo. Lean é inspírense en lo que han escrito y en lo que han hecho en este orden algunos de los suyos, especialmente Sir John Lubbok y Mr. Carnegie, el Conde de Chambrun, Mr. Godin: imiten el ejemplo de los potentados norte-americanos, ingleses y griegos, ya que no por caridad por egoismo y obrando así, al par que sientan la satisfacción interior que proporciona el hacer bien, podrán vivir más tranquilos en el goce de sus riquezas.

Hemos dicho que Leopoldo Alas nos prestó valiosísimo concurso en esta obra social tomando sobre sí un trabajo acaso superior á sus fuerzas en la Universidad y fuera de ella; pero no se limitó á esto, con ser mucho, su intervención en aquélla. Como siempre, imprimió en la reciente institución su prestigiosa personalidad. No sólo fué maestro de sus discípulos sino que fué maestro de maestros, pues que comprendía como pocos el carácter de esta enseñanza y acertó á trazar reglas precisas conducentes á lograr en los alumnos el efecto apetecido: reglas tan de *sentido común* que basta exponerlas para que los que se dedican á estas cosas las acepten sin distingos. Vaya la prueba en una de sus Revistas mínimas insertas en la «Publicidad» de Barcelona: «Tres clases de enseñanzas, dice, buscan estos honrados jornaleros: en sus periódicos de partido, en sus reuniones y en algunos libros de propaganda creen encontrar—hablo de los socialistas — lo que les interesa como creyentes de sus doctrinas sociales, y miembros de partidos militantes. Además, buscan, los que la necesitan, que son los más, la enseñanza primaria ó por lo menos el mejoramiento de la escasa que ya tienen, y por añadidura la técnica rudimentaria que puede servirles en los respectivos oficios. Pero hay más. Como ya son hombres y ciudadanos que con justicia pretenden influir en la vida pública, se creen en la necesidad de saber algo de tantas y tantas cosas como constituyen lo que se llama cultura nacional que á ellos no les ha explicado nadie. . . . . .

á esta clase de trabajos corresponden las conferencias de nuestra Extensión universitaria y otras análogas tareas. . .

Por desgracia y no por culpa de los obreros ciertamente, éstos por lo común saben en nuestro país muy poco. ¿Cómo han de saberlo? Se puede contar con su inteligencia de adultos pero no con una base de conocimientos. Lo más vulgar, lo más corriente, no hay que darlo por sabido. Hay que explicarlo todo, hasta las pal bras en cuanto puedan tener asomos de tecnicismo. Y hay que notar que en nuestros días se usan como de lenguaje familiar muchos vocablos y frases que son técnicos en rigor, y se lo parecerá al que carezca de toda instrucción. El profesor, en el género de enseñanza de que hablo, debe prescindir de sí mismo, como dice bien Morato (ilustradísimo redactor del «Heraldo de Madrid» á quien Alas elogia con muchísima justicia; no pensar en lucirse (en rigor en esto no debe pensarse nunca): debe exponer sin miedo las ideas y las noticias más conocidas, más elementales, más vulgares; pensando no en los *sabios* que censuren todo aquello sino en los pobres obreros que pueden no saber nada. Hay que marchar al paso que llevan los últimos, los más atrasados. Pero yo he pensado que también hay que atender á la clase de asuntos que se deben tratar en casos tales. Lo general es escoger un tema concreto muy limitado que siempre viene á ser *un capítulo de una ciencia* Esto puede ser útil muchas veces. Pero *el obrero que no sabe nada* y necesita *saber un poco de todo*, de todo lo que interesa á la cultura general, adelantará más con que se le explique á grandes rasgos, aunque sea en muy poco tiempo, algo que abarque mucho que sea *una gran síntesis* ordenada en todos sus aspectos de la vida. Con esta clase de conferencias generales, *panorámicas*, de conjunto, estará después mejor preparado para esas otras conferencias de *cosas especiales*, fragmentarias, capítulos sueltos de una ciencia.

Regla: si sois persona de una mediana cultura, no os prepareis (leyendo un día antes) para esta clase de conferencias generales. Basta, por lo pronto con que el obrero sepa, ya

que no sabe todavía nada, lo que vosotros podéis recordar hablando una hora ó dos sobre el asunto, ordenadamente. Lo que se puede hacer desde luego es aprovechar los adelantos últimos de la ciencia correspondiente y no contar antiguallas que ocupan menos tiempo que la verdad últimamente adquirida. . . . . .

Ya se me entiende; mis *grandes síntesis* no pueden significar noticias atrasadas. Debe estarse al corriente de los adelantos, pero dejar los detalles. Lo primero es orientar al pobre analfabeto que nos escucha. Contadle por ejemplo la historia del cielo estrellado sin más estudios que un poco Flammarion y habrá sido acaso para el obrero que os oye una maravillosa revelación, que le impresionará más que cuanto más adelante pueda decirle un semi especialista pretendiendo explicarle á medias las leyes de Keplero.»

No se si habré acertado á señalar los caracteres culminantes de la obra pedagógica del ilustre compañero que tan á destiempo nos arrebató la muerte; lo que sí puedo asegurar es que sus sabias lecciones, su inestimable influencia ha de perdurar, como perduran los trabajos de los hombres privilegiados que logran recoger la esencia de la vida de las generaciones que con ellos conviven y llenos de las ideas que en siglos anteriores prepararon al vivir presente, traen á ella con la previsión del genio atisbos del ideal; lo que sí puedo asegurar es que sus compañeros guardarán sus enseñanzas y sus discípulos las esparcerán contribuyendo así á levantar el grandioso monumento de la ciudad futura, edificada para alojar á la humanidad que realice perdurablemente la verdad, la belleza, el bien.

HE DICHO